

Andrea, la misma que habia contribuido á su rescate, de una hija de esta, y de una persona allegadiza que se llamaba tambien su hermana y era beata. Por la noche del 27 de junio, estando ya recogido CERVANTES y todos los de su familia, hubo en la calle cuchilladas, de que resultó herido gravemente D. Gaspar de Ezpeleta, caballero navarro, de la orden de Santiago, que andaria rondando segun la costumbre de los enamorados en aquellos tiempos. Pidió auxilio; alborotóse la vecindad; bajó CERVANTES, y con la ayuda de otro fué colocado el herido en el cuarto de una vecina que se hallaba mas á mano, donde murió en la mañana del 29. La circunstancia de haberse depositado sus vestidos en casa de CERVANTES dió lugar á que se le pudiese en la cárcel junto con su hermana, hija y sobrina, segun aquel dichoso método de enjuiciar, que condenaba la compasion como un delito. Dias despues, reconocida su inocencia, fué puesto en libertad; y los chismes de las mujeres sonsacadas por el juez en pesquisas y declaraciones impertinentes, han dado ocasion á la malicia de algunos para atribuir á CERVANTES una industria vergonzosa, que es incompatible con la nobleza de su carácter.

Restituida la corte á Madrid, la siguió CERVANTES, siempre dedicado á las agencias que se le encomendaban, mientras su honrada familia le ayudaba con el trabajo de sus manos en cuanto puede ayudar el mezquino producto de las labores mujeriles. En 1608 se reimprimió la primera parte del *Don Quijote* á su vista: hizo algunas enmiendas, supresiones y añadiduras, pero tan á la ligera y con tal descuido, que parece inconcebible cómo pudieron escapársele errores que saltan á la vista de cualquiera. Sirva de ejemplo el olvido de la pérdida del rucio de Sancho Panza, distraccion repetida siete veces en las primeras ediciones, corregida en dos pasajes de la de 1608, y dejada sin tocar en los cinco restantes. No disminuía en un punto la boga que obtuvo la obra desde un principio, pues se reimprimió dos veces en Bruselas y una en Milan, y andaba en manos de los mas elevados personajes. Refiérese que hallándose Felipe III en un balcon de su alcázar de Madrid, vió de lejos á un estudiante que sentado á la orilla del Manzanares con un libro en la mano, interrumpia á cada paso su lectura, dándose palmadas en la frente y haciendo grandes extremos de contento. «Aquel estudiante, dijo el Rey, ó está fuera de sí, ó lee la historia de *Don Quijote*.» No faltaron palaciegos que corrieron inmediatamente á saber la verdad del caso, y volvieron ganando albricias, á felicitar á S. M., que habia acertado. Por respeto á la dignidad real, creemos que esta anécdota se refiere á tiempo posterior, cuando hubiese ya muerto CERVANTES, pues no podriamos perdonar á Felipe el que, conociendo el mérito del *Don Quijote*, no premiase á su autor por los buenos ratos que habia recibido, ó no le pagase por lo ménos la deuda contraída por su padre. De todas maneras, los cortesanos tampoco le recordarian esta obligacion; siempre han sido lo mismo: esta es herencia que pasa intacta de padres á hijos sin necesidad de vincularse.

Mayor aprecio encontró CERVANTES en uno de los magnates que mas honraron en aquellos tiempos la grandeza española. Tal fué D. Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, generoso protector de los literatos y poetas, poeta él tambien, y no mediano cultivador de las letras, que en el año de 1610 fué nombrado virey de Nápoles. Privado de su secretario Juan Ramirez de Arellano, que acababa de fallecer, ofreció inmediatamente este destino á Lupercio Leonardo de Argensola, rogándole que llevase consigo á su hermano Bartolomé, rector de Villahermosa, y buscase hombres de su genio y aficion para oficiales de aquella secretaría. Argensola, que era tal vez el juez mas competente de su tiempo para graduar esta clase de méritos, escogió con acierto singular entre sus amigos, que formando la mas lucida colonia fuéron á convertir una oficina política en academia de las Musas. Muchos pretendientes de gran valia no cupieron en el arreglo de este personal, y no tuvieron por cierto quedas sus lenguas para quejarse de la forzosa exclusion. CERVANTES, á no ser por su edad, que frisaba ya en los sesenta y tres años, y por su familia, que no era leve carga, hubiera probablemente formado parte de esta agradable expedicion. En cambio los Argensolas le hicieron mil promesas, asegurándole que ni la ausencia

ni la distancia menguaria en un punto la proteccion del Conde, que tanta merced les hacia. Parece que con el tiempo anduvieron á la verdad sobrado tibios ó desmemoriados, ó mas bien ménos diligentes de lo que conviniera á las apremiadoras necesidades de su amigo, pues al paso que este exhaló algunas reconvenções en su *Viaje al Parnaso*, bien se descubre el fondo del tierno cariño por entre las rendijas del descontento; y es constante ademas que el buen Conde continuó favoreciendo á CERVANTES, y CERVANTES dándole pruebas continuas de gratitud hasta el mismo trance de la muerte.

La primera fué dedicarle sus *Novelas ejemplares*, que segun hemos dicho habia ido componiendo en los intervalos que le dejaban libres sus fastidiosas ocupaciones por negocios ajenos. Antes de atreverse á esta publicacion habia tratado de echar la sonda en el gusto del público, injiriendo en la primera parte del *Don Quijote* la novela del *Curioso impertinente*, y anunciando que aun quedaban otras en el cartapacio. La treta produjo su efecto, pues se le toleró fácilmente la caprichosa inoportunidad, en gracia del mérito de una composicion, que en la opinion de los inteligentes, y aun en la pobre nuestra, es la mejor de las novelas de CERVANTES, al paso que estas son sus obras mas perfectas despues del *Don Quijote*. Desglosándola de este, la imprimió en Paris en 1608 César Oudin, para el uso de sus discípulos, como modelo de lengua castellana; lo cual debió alentar á su autor para dar á la prensa las demas de su género, como lo verificó en 1613, con licencia obtenida el año anterior.

No se halla en el mismo caso la relacion del capitan cautivo Ruiz Perez de Viedma. CERVANTES la consideró como parte integrante, aunque descosida, del *Don Quijote*, ó por lo ménos no la habia compuesto por separado: es de notar que en todas sus novelas el autor es quien refiere los sucesos ajenos, cuando el *Cautivo* cuenta sus aventuras. El objeto que se propuso CERVANTES en este episodio es evidente: en la mayor parte de sus obras, bajo uno ú otro pretexto, introduce siempre una descripcion de los trabajos del cautiverio en Arjel, recuerdo de los que él mismo sufrió en los mejores años de su vida, y protesta contra los que tan mal se los recompensaron.

Doce fuéron las novelas que publicó CERVANTES: *La Jitanilla*, *La Fuerza de la sangre*, *Rinconete y Cortadillo*, *La Española inglesa*, *El Amante liberal*, *El licenciado Vidriera*, *El Celoso extremeño*, *Las dos Doncellas*, *La ilustre Fregona*, *La Señora Cornelia*, *El Casamiento engañoso* y *el Coloquio de los perros*, todas de grande ingenio aunque de distintos quilates en cuanto á su mérito respectivo. Aunque no entraremos en un minucioso exámen y cotejo sobre el valor que á cada una corresponde, ni sobre las circunstancias que pudieron ofrecer materia para su composicion, diremos en general que las dotes de buen narrador sobresalen, á nuestro modo de ver, en las de asuntos festivos y picarescos mas que en las de acciones serias y graves. CERVANTES sentia bien, no hay duda; pero al expresar los sentimientos se echaba unas veces á sutilizar y otras veces á disertar. Conmueve cuando se propone conmover, pero raras veces arranca una lágrima. Dejadle trazar caracteres ridiculos, describir costumbres extravagantes, contar travesuras, dialogar chistes y socarronerías, y veréis cómo todo se anima, todo adquiere movimiento y viveza; en vano querréis contener la risa, él la hará estallar. Este era su elemento, esta el arma privativa de su poder intelectual.

Jactóse CERVANTES en su prólogo de haber sido el primero que habia novelado en lengua castellana; segun lo cual, la palabra novela tendria entónces una significacion ménos lata que la aplicada en nuestros tiempos á este género de composicion. Novelas se llamarían ahora los libros de caballerías, novelas la numerosa serie de poemas pastoriles que tenian inuñdado el campo de la literatura, novelas las obras semejantes á la *Celestina*, que aunque bajo formas dramáticas no estaban destinadas á representarse; novelas *El Lazarillo de Tórmes*, de D. Diego Hurtado de Mendoza; *El Picaro Guzman de Alfarache*, de Mateo Aleman; los varios cuentos incluidos en *El Patrañuelo*, de Juan de Timoneda; *La Picara Justina*, del P. Fr. Andres Perez; y retroce-

diendo á época mas antigua, novelas se llamarían tambien los preciosos ejemplos morales que el infante D. Juan Manuel nos dejó en su *Conde Lucanor*. Por lo ménos no se podrá negar que mas conviene tal denominacion á estos libros, que al *Coloquio de los perros*, de nuestro autor, quien en este sentido no estaba en lo cierto. Lo indudable es que CERVANTES dió á la novela una nueva forma y direccion, que no acertaron á conservar y seguir los imitadores que le sucedieron: nadie en los tiempos inmediatos supo dar aquel color á los cuadros de costumbres, aquel interes á las acciones privadas, aquella soltura en la narracion, aquella elegancia al lenguaje, aquel contraste y amenidad á los varios incidentes. Con esto logró CERVANTES desarraigar una preocupacion entónces muy comun entre los extranjeros, que reconociendo la rotundidad y grandilocuencia de la lengua castellana, segun el testimonio de Salas Barbadillo, la culpaban de corta y negaban su fertilidad, juzgándola ménos acomodada á los asuntos de mediana entonacion; idea falsa, que se hallaba mas que suficientemente refutada por la superioridad de nuestra comedia con respecto á los ensayos poco felices á que nuestra musa trágica se habia aventurado.

Llamó CERVANTES *ejemplares* á sus novelas para distinguirlas de las poco edificantes de la escuela del Bocacio, que traducidas de idiomas extranjeros andaban en manos de los aficionados á este género de entretenimiento. Ninguna palabra soltó en ellas de que pueda darse por ofendido el pudor: «hasta los requiebros amorosos, dice él mismo, son tan honestos y tan medidos con el discurso cristiano, que no podrán mover á mal pensamiento al descuidado ó cuidadoso que las leyere; pues de otro modo, ántes me cortara la mano con que las escribí, que sacarlas al público». Por esta razon sin duda, ó por otros buenos respetos, segun decia, no incluyó en su coleccion la novela de *La Tia fingida*, que consideraria algo libre y desenvuelta al lado de las demas, aunque segun nuestra opinion particular la inmoralidad no consiste en retratar fielmente los vicios de la sociedad, sino en presentarlos bajo un aspecto amable y seductor que estimule el apetito á la torpeza, en vez de descubrir las malas artes para que se precavan los ménos advertidos, ofreciendo el amargo fruto de las pasiones ó hábitos desordenados, y señalando ya el castigo de la maldad, ya la ignominia de que se cubre ante la pública opinion, ya los consuelos del arrepentimiento y las ventajas de la enmienda. Con arreglo á estos principios *La Tia fingida* está muy léjos de desmerecer el ser colocada entre las demas novelas ejemplares. Una casualidad la salvó del olvido: alguna de las copias que se sacaron hubo de caer en manos del licenciado D. Francisco Porrás de la Cámara, prebendado de la santa iglesia de Sevilla, quien la incluyó con otras del mismo CERVANTES en una miscelanea que formó hácia el año de 1606, de varios opúsculos propios y ajenos, por encargo del arzobispo D. Fernando Niño de Guevara, que queria pasar entretenido con esta lectura las siestas de verano en su quinta de Umbrete. Este manuscrito fué á parar en el archivo del colegio de San Hermenegildo de aquella ciudad, pasó luego al colegio Imperial de Madrid, y allí fué encontrado por D. Isidoro Bosarte: el Sr. Arrieta sacó una copia de aquella novela, que con algunas mutilaciones publicó en nuestros dias.

La manía de versificar contraída desde los primeros años duraba todavía en CERVANTES. Por aquella época hizo algunas composiciones sobre varios asuntos, y entre ellas una cancion á los éxtasis de Santa Teresa de Jesus, para concurrir á la par de los mas afamados ingenios al certámen que se celebró en Madrid con motivo de la reciente beatificacion de aquella insigne española. Pero la obra poética de mas consideracion fué la que dió á luz á fines de 1614, con el título de *Viaje al Parnaso*. Quiso en ella imitar á César Caporali, natural de Perusa, poeta superior á él en el artificio de la rima, inferior en invencion, y muy parecido tanto en el buen humor como en la mala suerte. Propúsose por objeto hacer, como en el *Canto de Caltope*, el elogio de los poetas españoles que entónces vivian y él reputaba por buenos, y la censura de los que corrompian el gusto y le guiaban por una senda extraviada, recomendando al mismo tiempo como de paso

los propios méritos en la literatura y en la milicia. El pensamiento es ingenioso: no deja de haber tiradas de tercetos que prohibiria cualquiera sin repugnancia. Los encomios son en general exagerados y propios de su natural indulgencia, la sátira es moderada, sin dejar de ser picante, y mas que una maldicion es un conjuro á la nube de malos poetas que venia á descargar sobre nuestro parnaso. La dedicatoria está dirigida al jóven D. Rodrigo de Tapia, de quien no tenemos mas noticia. Sigue al poema una adjunta en prosa, que es lo mejor por el donaire de la dicción: en ella habló de sus comedias y abrió así el camino para darlas al público, como ardentemente deseaba.

Pero ni los cómicos las querian representar, ni los libreros comprárselas para imprimir: en vano alegaba la buena acogida que habian tenido las primeras que compuso, y aseguraba que no eran tan malas las nuevas que con aquellas no pudiesen competir ventajosamente. Desde entónces habian ya trascurrido treinta años; y en este intermedio habia aparecido Lope de Vega, alzándose con la monarquía del teatro, hasta granjearse una verdadera idolatría. Acudió al librero Juan de Villaroel, quien le manifestó francamente que le compraria desde luego las comedias, á no haberle dicho un autor de título, que de su prosa podia esperarse mucho, pero de su verso nada: respuesta que le llegó al alma, pero no le convenció. A fuerza de instancias, el librero acabó por tomárselas, mas por condescendencia y amistad, que por otra cosa, y se las pagó razonablemente. Todas estas curiosas circunstancias nos refiere el mismo CERVANTES en un discreto prólogo que por su ingenuidad encanta y enamora. No es ménos bella la carta dedicatoria que dirigió al conde de Lemos.

Compónese esta coleccion de ocho comedias: *El Gallardo español*, *La Casa de los celos*, *Los Baños de Arjel*, *El Rufian dichoso*, *La Gran Sultana*, *El Laberinto de amor*, *La Entretenida* y *Pedro de Urdemalas*, y de otros tantos entremeses, que son: *El Juez de los divorcios*, *El Rufian viudo*, *La Eleccion de los alcaldes de Daganzo*, *La Guarda cuidadosa*, *El Vizcatno fingido*, *El Retablo de las maravillas*, *La Cueva de Salamanca* y *El viejo celoso*. No incluyó otro entremes titulado *Los dos Habladores*, que despues de su muerte, en 1624, fué representado é impreso en Sevilla: no debió entónces de tenerle á la mano.

Nada podemos decir en elogio de estas comedias, y aunque alguna mencion honorífica merecian los entremeses, la reservamos para otra ocasion mas oportuna y mas holgada, segun hemos prevenido en la advertencia de este tomo. Las mayores pruebas de la inferioridad de aquellas son los mismos esfuerzos que han hecho en abono de CERVANTES sus ciegos admiradores. D. Blas de Nasarre, que las hizo reimprimir en 1749, intentó persuadir que su autor las habia hecho artificiosamente malas para ridiculizar otras igualmente disparatadas que en su tiempo obtenian gran boga. El abate Lampillas atribuyó su publicacion á malicia de impresores que las mutilaron y trasformaron en un todo, tomando el nombre y el prólogo de CERVANTES. Uno y otro dictámen se hallan en manifiesta contradicción con hechos demostrados y constantes: mas cuerdo es reconocer con Horacio que alguna que otra vez dormitaba el buen Homero.

CERVANTES escribió indudablemente estas comedias, y con la mejor fe del mundo las dió cuando ménos por pasaderas. Felicitóse en su prólogo de haberse atrevido á reducir las comedias á tres jornadas, y de haber sido el primero en sacar figuras morales al teatro. Si los documentos relativos á tiempos anteriores no son engañosos, estas proposiciones no son exactas. En 1555 Francisco de Avendaño, y en 1579 Cristóbal de Virués, se gloriaban tambien de lo primero; y con respecto á lo segundo, en el monumento mas antiguo entre cuantos se han conservado de la dramática española, en aquella danza general atribuida al rabí D. Santo de Carrion, y fijada hácia el año de 1556, la Muerte es la que hace el primer papel. Nada quitamos á la gloria de CERVANTES con rehusarle la prioridad en estas dos novedades, la una muy indiferente, y la otra de dudoso mérito.

Entre tauto se ocupaba CERVANTES en concluir la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*,

cuya próxima publicacion habia anunciado dos años ántes en el prólogo de las *Novelas*; y ahora en la dedicatoria de las comedias decia nuevamente al conde de Lemos, que su héroe quedaba calzadas las espuelas para ir á besarle los piés. Pero otro se habia anticipado á robarle el pensamiento, atreviéndose á levantar el guante que arrojará CERVANTES, cuando al concluir la primera parte dijo lo del Ariosto: *Forse altri canterà con miglior plettro*; y lo hizo con tan poca gracia, que los graves defectos de que adolece esta continuacion resaltan aun mas por el contraste con su bello original. En 1614 en efecto se habia impreso en Tarragona una *Segunda parte del Don Quijote*, por el licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural de Tordesillas. Nombre y patria eran supuestos, y no ha podido averiguarse hasta ahora quién fuese el verdadero autor. Conjeturas no sin fundamento hacen sospechar que era aragones, y fraile dominico, y tal vez autor de comedias ó por lo ménos entusiasta de las de Lope de Vega.

Es probable que cuando este libro llegó á las manos de CERVANTES se hallaba este en el capítulo LIX de su segunda parte, pues allí empieza á hablar de él con el desden que su resentimiento le inspiraba. Porque no se limitó el fingido Avellaneda á seguir el argumento de CERVANTES: atacaba ademas no solo su amor propio literario, sino tambien sus servicios militares, su triste situacion y su moralidad, llamándole manco, viejo, pobre, envidioso, mal contentadizo, murmurador, delincuente ó encarcelado, y otras lindezas. No era CERVANTES hombre que disimulaba sus defectos personales, y si no es por él mismo ignoraríamos que fué tartamudo; pero tocándole el punto de la honra, bien se echa de ver que sufría lo que no es decible. A este libelo infamatorio aludió en su prólogo con una moderacion ejemplar. A la nota de viejo contesta que no estuvo en su mano detener el tiempo, y que no se escribía con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años; á la de manco, que este estropeamiento no nació en ninguna taberna, sino en la mas alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperaban ver los venideros, y tal que ántes quisiera haber perecido en aquella faccion prodigiosa, que verse sano despues de sus heridas sin haberse hallado en ella; á la de pobre, que puede tener honra el desvalido, pero no el vicioso, y que la pobreza puede anular la nobleza, pero no oscurecerla del todo; pero que como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrechez, viene á ser estimada y favorecida de los altos y nobles espiritus; á la de envidioso, que de los dos géneros que hay de envidia solo conocia á la santa, á la noble y bien intencionada; á la de maldiciente, que á nadie tenia que perseguir, y ménos á un sacerdote, y ménos si tenia por añadidura el ser familiar del Santo Oficio. Aquí paró su defensa, conteniéndose mucho, como expresó él mismo, en los términos de la modestia. Se traslucen en efecto muchas reticencias forzosas: su detractor era, segun se sospecha, sacerdote; pertenecia á la órden de Predicadores, cuya influencia es conocida en aquel tribunal suspicaz, que tan fácilmente se vengaba: harto dijo en su desagravio quien en tales tiempos vivia. A lo de encarcelado nada contestó: para esto debia chocar con poderosos, y correr peligros sin gloria y sin resultado útil, y lo que es peor, con probable perjuicio de la causa de la pobre humanidad, si en odio de una censura determinada se hubieran prohibido las que mas generalmente lanzó sobre los vicios y ridiculeces de su siglo.

Invectivas tan injustas han excitado el interes á favor del agraviado y la odiosidad contra su perseguidor. Por esto su obra, olvidada desde su nacimiento, se miró con cierta prevencion, hasta que aquel espíritu de contradiccion y apego á la rareza, que suelen con frecuencia invadir el campo de la literatura, lograron rehabilitar por un momento la memoria de Avellaneda. El célebre M. Lesage publicó en Paris, el año de 1704, una traduccion de su *Don Quijote*, pero traduccion alterada notablemente, con nuevas galas de estilo, y supresion de todo lo nauseabundo: en fin, como sabia hacer estas cosas aquel habilísimo zurcidor. Apoyados en tal autoridad y en la creencia de que la traduccion era fiel y ajustada, algunos literatos españoles, y entre ellos el Dr. D. Diego de Torres, reclamaron la reimpression del original: D. Blas de

Nasarre, hombre, segun hemos visto, de ideas algo singulares en semejantes materias, hizo una edicion en 1732, bajo el nombre de D. Isidoro Perales y Torres, que era un clérigo familiar suyo; y D. Agustín de Montiano y Luyando, su amigo, llevado de una condescendencia difícilmente conciliable con sus buenos conocimientos, hubo de cometer, en una aprobacion que firmó, el solemne desatino de decir: «No creo que ningun hombre juicioso sentenciará á favor de CERVANTES, si forma el cotejo de las dos segundas partes.» En honor de la verdad no falta en algunos pasajes soltura y gracejo; pero la pesadez de otros, aquellas obscenidades repugnantes al lado de las miserables supersticiones que forman el claroscuro de la época, aquella pobreza de invencion y frecuente grosería de lenguaje, hacen á esta produccion jactanciosa inferior en infinitos grados, no solo á la de CERVANTES, sino á las de otros sus contemporáneos. Nuestros lectores podrán juzgarlo con conocimiento de causa, cuando llegue su turno á la publicacion de este bastardo *Don Quijote*, que tiene su lugar señalado en los tomos sucesivos.

Es cosa notable que cuantos han querido tomar esta gran concepcion de CERVANTES por asunto de sus composiciones, todos sin excepcion, hasta los mayores ingenios, se han estrellado, sin lograr otra cosa que reproducir pálidos reflejos. Presentaron á *Don Quijote* en la escena D. Guillen de Castro, Lope de Vega, D. Pedro Calderon de la Barca en su mismo siglo; en el siguiente lo hizo entre otros D. Juan Melendez Valdes, el restaurador del buen gusto en nuestra poesia; y así ensayó su talento cómico en estos tiempos D. Ventura de la Vega, sin que ninguno de ellos se pueda gloriarse de haber compartido con el autor original una pequeña parte de su triunfo.

La segunda parte del de CERVANTES lleva indudablemente grandes ventajas á la primera. Sin dejar de adolecer de los defectos propios de la precipitacion en el componer y de la pereza en el corregir, los descuidos son en menor número: es mas armónico el conjunto de las partes; no hay distracciones de importancia, ni digresiones que entorpezcan la marcha de la fábula hasta su fin; el héroe es consecuente en su locura, y Sancho Panza de cada vez mas gracioso; aparece desde el principio un nuevo personaje de un carácter magníficamente descrito, el bachiller Sanson Carrasco, que contribuye del modo mas decisivo al desenlace. El talento de CERVANTES se engrandecia con la edad, y su fogosa imaginacion en nada se resentia de los hielos de la vejez. Parece que CERVANTES quiso desmentir la proposicion que habia vertido en boca del cura, de que nunca segundas partes fueron buenas.

Pidió CERVANTES licencia para imprimir esta á principios de 1615: censuróla el licenciado Francisco Marquez de Torres, capellan de pajes del arzobispo de Toledo, quien en su aprobacion, de fecha de 25 de febrero, nos ha conservado un hecho que vamos á trascribir en sus propios términos. «Certifico con verdad, dice el censor, que en 25 de febrero, habiendo ido el Ilmo. Sr. D. Bernardo de Sandoval y Rojas, arzobispo de Toledo, mi señor, á pagar la visita que á S. I. hizo el embajador de Francia, que vino á tratar cosas importantes á los casamientos de sus príncipes con los de España, muchos caballeros franceses de los que vinieron acompañando al Embajador, tan corteses como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron á mí y á otros capellanes del Cardenal mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban mas validos; y tocando acaso en este que yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de MIGUEL DE CERVANTES, cuando se comenzaron á hacer lenguas, encareciendo la estimacion en que así en Francia como en los reinos sus confinantes se tenían sus obras, *La Galatea*, que alguno dellos tiene casi de memoria la primera parte desta, y las *Novelas*. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofreci llevarles que viesén al autor dellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesion, calidad y cantidad. Halléme obligado á decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre; á que uno respondió estas formales palabras: *¿Pues á tal hombre no le tiene*

España muy rico y sustentado del erario público? Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento, y con mucha agudeza dijo: *Si necesidad ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.* De aquí, á no tener otro dato mas positivo, hubo de sacar D. Antonio Capmany la especie de que CERVANTES fué solicitado con muy ventajosos partidos para ir á Paris á enseñar la lengua española, proponiendo sus propias obras por modelo de lenguaje. Si esta noticia fuese cierta, no se hubiera podido elegir mas hábil maestro ni texto mas autorizado para una enseñanza que era entónces comun en toda Europa, y especialmente en Francia, donde segun decia CERVANTES, ni varon ni mujer dejaba de aprender la lengua castellana. Pero aun así, ni la edad, ni el estado decadente de su salud, que anunciaba ya el próximo fin de sus dias, le hubiera permitido ir á recibir en pais extranjero el premio que no pudo obtener de sus compatriotas.

En los últimos meses de 1615 salió por fin á luz el complemento de la grande obra que todas las naciones nos envidian. Fué acogida con aplauso por el público, y derramóse por todas partes. Solo la Inquisicion, á pesar del exámen sufrido, quiso revisar la obra; y la minuciosa severidad con que verificó el expurgo puede conocerse por la inocencia de la única frase que tuvo el gusto de tildar. Reprendiendo la duquesa á Sancho Panza en el capítulo xxxvi, por la demasiada blandura con que llevaba el importante negocio de los azotes para el desencanto de Dulcinea, le dijo en hora menguada: *y advierta Sancho que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito, ni valen nada*; proposicion que en buena teología puede no ser rigurosamente exacta, pero que léjos de ser malsonante, mas bien parece una paráfrasis de aquella enérgica expresion del sagrado texto: *Tepidus es? Vomam te*, y en una obra de este género bien puede permitirse alguna ponderacion. Pero entónces la tibieza solamente era un delito cuando se trataba de delatar, de perseguir, de hacer mal; cuando se trataba de hacer bien, toda indolencia era excusable. Los que habian perseguido á Fr. Luis de Leon, á Benito Arias Montano, al P. Juan de Mariana, debian cebarse en CERVANTES en aquello poco á que se pudieron asir, pues no era justo que se librase de la suerte comun á los hombres mas eminentes en letras y en piedad. De esta curiosa noticia no hemos encontrado rastro alguno en los autores que han escrito sobre CERVANTES, y la hubiéramos ignorado nosotros, si nuestro eruditísimo amigo D. Luis de Usoz y Rio no hubiese llamado sobre ella nuestra atencion, con presencia del indice expurgatorio publicado en 1619, y de la edicion de 1615. Ateniéndonos en la nuestra á tan indeclinable autoridad, hemos restituido el texto á su pureza original, seguros de que nadie se escandalizará, y ménos despues de esta advertencia.

No en vano se acogió CERVANTES á la sombra del cardenal arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas, que como inquisidor general haría tendria que hacer con su consumada prudencia en contener á aquellos frenéticos. Este príncipe ilustrado, modelo de sólida virtud y amparo de los sabios honrados y menesterosos, estaba socorriendo hacia algun tiempo á CERVANTES con una pensión, y con otra igual á Vicente Espinel. Dispensero del patrimonio de los pobres y tío del duque de Lerma, quiso á la vez reparar una injusticia social y atenuar hasta cierto punto las faltas de un individuo de su familia.

CERVANTES, hombre de religion sincera é ilustrada, se habia alistado en la congregacion que todavía subsiste en el oratorio de la calle del Olivar, y que entónces celebraba sus ejercicios en el convento de la Trinidad, y fué recibido despues en la Orden Tercera de San Francisco. Esta fué la moda de aquellos tiempos, y no era bien mirado quien no la seguía, desde los reyes y grandes señores hasta los artesanos, de quienes decia el licenciado D. Pedro Fernandez de Navarrete, que con tanto número de cofradías andaban la mitad del año atendiendo mas á las emulaciones y disputas, que á la devocion y á los medios de su honesta subsistencia. Esta confraternidad facilitaria á CERVANTES el cultivar algunas buenas relaciones, y mitigar las amarguras de una vida apesaráda que por momentos se iba acabando.

CERVANTES sobrevivió pocos meses á la publicacion de su segunda parte del *Don Quijote*; pero tuvo todavía lugar para dar la última mano á los *Trabajos de Pérsiles y Sigismunda*, novela que, en el prólogo de las *Ejemplares*, tenia anunciada desde 1615, como libro que se atrevia á competir con el de Heliodoro, á no salir por atrevido con las manos en la cabeza. En la dedicatoria de la segunda parte del *Don Quijote* decia al conde de Lemos que dentro de cuatro meses daria fin á este libro, que anticipadamente le ofrecia, el cual habia de ser ó el mas malo ó el mejor que de los de entretenimiento se hubiese compuesto en nuestra lengua, «y digo, añade, que me arrepiento de haber dicho el mas malo, porque segun la opinion de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible.» Tal fué la estimacion en que tuvo CERVANTES á este reciente parto de su ingenuo, juicio que no ha sido confirmado por la posteridad, si se exceptúan algunos pocos que le han preferido al *Don Quijote*, fundándose en consideraciones de orden accesorio y subalterno. Tal es la mayor correccion del lenguaje, que por sí sola no basta á recomendar una obra de este género. La unidad de la accion, la concentracion del interes apenas se traslucen hasta el fin de los trabajos, cuando se ve el objeto de la larga, penosa y por mil accidentes contrariada peregrinacion de aquellos singulares amantes. La narracion se halla interrumpida por continuos y prolongados episodios que distraen la atencion, dividen y aflojan el interes, y hasta borran de la memoria los personajes principales. Las escenas colocadas en paises remotos y poco conocidos, como que no se hallan en el mapa, carecen de verdad; y si bien, cuando el autor conduce á sus viajeros por las tierras que corrió, aparece de nuevo la propiedad en los cuadros de costumbres, hay todavía una gran distancia de aquel movimiento que anima las aventuras de su *Ingenioso Hidalgo*.

Tenia ya concluido el *Pérsiles*, cuando en 2 de abril de 1616, enfermó de hidropesia y sin poder salir de su casa, hizo en ella su profesion de la Orden Tercera. Dió el mal una breve tregua, que le permitió trasladarse á Esquivias, ó para despedirse de sus deudos, ó para buscar algun alivio en la variacion de aires y alimentos, última receta de los médicos que pierden toda esperanza. Pero vista la ineficacia del arbitrio, se restituyó á Madrid á los pocos dias: el encuentro que tuvo en el camino con un estudiante se halla descrito en el prólogo de dicha obra, y prueba la jovialidad que conservó hasta sus últimos momentos, como quien satisfecho de su conducta, tranquilo en su conciencia, y confiado en la divina misericordia iba caminando alegre y animoso á los próximos umbrales de la muerte, que tantas veces arrostró.

Pero donde mas resplandece la entereza del justo, es en la dedicatoria con que acompañó el *Pérsiles y Sigismunda* á su constante protector el conde de Lemos, que relevado de su gobierno de Nápoles estaba próximo á regresar á la corte para tomar posesion de la presidencia de Italia. Deseaba CERVANTES besarle las manos ántes de morir; pero fué negado á su gratitud este consuelo. Recibido el sacramento de la Extremauncion el dia anterior, escribió en 19 de abril aquella carta tan festivamente tierna, que no tiene ejemplar en las agonías del mas firme estoico, é hizo su testamento encargando dos misas en sufragio de su alma, que restituyó dulcemente al Criador en 25 de abril de 1616.

En tal dia del mismo año, observa el doctor Bowle, falleció el célebre dramático Guillermo Shakespeare, honra y prez de la nacion británica. Esta coincidencia es solo aparente. El dia 25 de abril en el calendario inglés de aquellos tiempos correspondia al 12 del propio mes en el nuestro: necias prevenciones religiosas habian retardado allí la adopcion de la reforma gregoriana. Pero Shakespeare yace en un soberbio monumento bajo las suntuosas bóvedas de Westminster, entre reyes y poderosos. El cuerpo de CERVANTES, conducido humildemente por cuatro hermanos de la Orden Tercera, con la cara descubierta, segun la costumbre de aquella sociedad, fué enterrado en la iglesia de las Monjas Trinitarias, donde habia profesado D.^a Isabel, único fruto de sus amores. Sus despojos, ¿dónde están? Cuando aquellas religiosas diez y siete años despues trasladaron su comunidad de la calle del Humilladero, en que se esta-

blecieron, á la de Cantarranas, donde aun permanecen, recogieron los restos de los que habian elegido aquel recinto para su último descanso, y los depositaron sin distincion en una huesa ignorada. Aun cuando un entendido frenólogo, escudriñando y rebuscando por entre aquellos montones de polvo y huesos descabalados, tomase un cráneo y nos lo presentase diciendo: «aquí pensó MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA», sería dudoso y desconfiado nuestro profundo acatamiento.

En el año inmediato salieron á luz los *Trabajos de Pársiles y Sigismunda*, en Madrid, Valencia, Barcelona y Bruselas. Se perdieron, probablemente para siempre, la segunda parte de *La Galatea*, *Las Semanas del Jardín* y *El Bernardo*, obras que se proponia concluir, si por un milagro, decia él al conde de Lemos, le restituia el cielo la vida.

Perdiéronse tambien sus retratos originales, que pintaron, segun indicios Francisco Pacheco, y positivamente D. Juan de Jáuregui. De cualquiera de los dos puede ser copia el que posee la Academia, atribuido por unos á Alonso del Arco, y por otros á Vicente Carducho, ó á Eugenio Caxes ó alguno de su escuela. Era CERVANTES, segun la descripcion que de sí mismo nos hace, de estatura mediana, de color viva, ántes blanca que morena, rostro aguileño, nariz corva y bien proporcionada, frente lisa y desembarazada, ojos alegres, cabello castaño, barba un tanto mas clara, bigotes grandes, boca pequeña, dientes mal alineados, algo cargado de espaldas y no muy lijero de piés, á la edad en que esto escribia, que era la de sesenta y seis años.

Pero el retrato de su alma privilegiada se encuentra en sus escritos y en sus acciones. Impávido en los peligros, fuerte en las adversidades, modesto en sus triunfos, desprendido y generoso en sus intereses, amigo de favorecer, indulgente con los esfuerzos bien intencionados de la medianía, dotado de juicio recto y clarísimo, de imaginacion sin ejemplo en su fecundidad, pasó por el mundo como peregrino cuya lengua no se comprende. Sus contemporáneos no le conocieron, y le miraron con indiferencia; la posteridad le ha dado una compensacion justa, pero tardía; porque ha conocido que hubo un hombre que se adelantó á su siglo, que adivinó el gusto y las tendencias de otra sociedad, y que haciéndose popular con sus gracias inagotables, anunció la aurora de una civilizacion que amaneció mucho despues.

Los soberanos han honrado á porfia su memoria, los magnates amantes y protectores de las letras le han levantado monumentos, los sabios le han colmado de elogios, el pueblo venera su nombre con una especie de culto, las naciones extrañas nos le envidian, las artes todas han reproducido su efigie y las creaciones de su fantasia bajo mil formas, la imprenta multiplica sus escritos todos los años, y los difunde por todo el ámbito del mundo: nosotros no podemos prestarle otro homenaje que el de haber relatado sencillamente sus hechos, y darle este preferente lugar en la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES.

FIN DE LA VIDA DE CERVANTES.

LOS SEIS LIBROS DE LA GALATEA.

DEDICATORIA

Al Ilmo. Sr. Ascanio Colonna, abad de Santa Sofia.

Ha podido tanto conmigo el valor de V. S. I. que me ha quitado el miedo, que con razon debiera tener, en osar ofrecerle estas primicias de mi corto ingenio. Mas considerando que el extremado de V. S. I. no solo vino á España para ilustrar las mejores universidades della, sino tambien para ser norte por donde se encaminen los que alguna virtuosa ciencia profesan (especialmente los que en la de poesia se ejercitan), no he querido perder la ocasion de seguir esta guia, pues sé que en ella y por ella todos hallan seguro puerto y favorable acogimiento. Hágale V. S. I. bueno á mi deseo, el cual envío delante para dar algun sér á este mi pequeño servicio; y si por esto no lo mereciere, merézcalo á lo ménos por haber seguido algunos años las vencedoras banderas de aquel sol de la milicia que ayer nos quitó el cielo delante de los ojos, pero no de la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas dinas della, que fué el excelentísimo padre de V. S. I., juntando á esto el efeto de reverencia que hacian en mi ánimo las cosas, que como en profecía oí muchas veces decir de V. S. I. al cardenal de Aquaviva siendo yo su camarero en Roma; las cuales ahora no solo las veo cumplidas, sino todo el mundo que goza de la virtud, cristiandad, magnificencia y bondad de V. S. I., con que da cada dia señales de la clara y generosa estirpe do descieade: la cual en antigüedad compite con el principio y príncipes de la grandeza de Roma, y en las virtudes y heroicas obras con la misma virtud y mas encumbradas hazañas, como nos lo certifican mil verdaderas historias, llenas de los famosos hechos del tronco y ramos de la real casa Colonna, debajo de cuya fuerza y sitio yo me pongo ahora, para hacer escudo á los murmuradores que ninguna cosa perdonan. Aunque, si V. S. I. perdona este mi atrevimiento, ni tendré que temer ni mas que desear, sino que nuestro Señor guarde de la ilustrísima persona de V. S. I. con el acrecentamiento de dignidad y estado que todos sus servidores deseamos.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR,

B. L. M. de V. S. su mayor servidor,

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

PROLOGO.

La ocupacion de escribir églogas en tiempo que en general la poesia anda tan desfavorecida, bien recelo que no será tenida por ejercicio tan loable, que no sea necesario dar alguna particular satisfaccion á los que siguiendo el diverso gusto de su inclinacion natural, todo lo que es diferente dél estiman por trabajo y tiempo perdido. Mas pues á ninguno toca satisfacer á ingenios que se encierran en términos tan limitados, solo quiero responder á los que libres de pasion, con mayor fundamento se mueven á no admitir las diferencias de la poesia vulgar, creyendo que los que en esta edad tratan de ella se mueven á publicar sus escritos con lijera consideracion, llevados de la fuerza que la pasion de las composiciones propias suele tener en los autores de ellas. Para lo cual puedo alegar de mi parte la inclinacion que á la poesia siempre he tenido, y la edad, que habiendo apenas salido de los límites de la juventud, parece que da licencia á semejantes ocupaciones: demas de que no puede negarse que los estudios de esta